

BX1756

S2

V6



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

135784

SERMON  
DE LA INSTITUCION  
DEL SS. SACRAMENTO,

PREDICADO

EN EL CONVENTO DE S. ANTONIO ABAD  
de Granada. Año 1769.

*Cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos. Joann. 13.*

SEÑORES:

Sería necesario cerrar los ojos de propósito á la luz de la fe, para dudar del inefable amor de Jesu Christo á los hombres, y que fuesen estos mas desconocidos que los irracionales mismos, para dexar de corresponder con gratitud á sus inmen-

sos beneficios. Abrid esos libros santos, fiel depósito de las bondades del Eterno, y le veréis criando por sola su Palabra el cielo, la tierra y todas las cosas, para introducir en el mundo á el hombre su principal convidado Crió la luz, dividió las aguas, pobló los campos de frondosos árboles con variedad de frutas, de yerbas y de flores de admirable fragancia, y de infinito número de animales y reptiles; llenó el aire de multitud de aves de diferentes colores y de vistosas plumas; el mar de incalculable variedad de peces de diversas figuras y tamaños; todo para sustento, regalo, diversion y comodidad del hombre, á quien se dignó formar á su imagen y semejanza. Dióle la original justicia, y el derecho de hijo adoptivo de su Reyno; y á pesar de su rebelion é inobediencia, le ha conservado, conserva y sustenta sobre la tierra con abundancia, perpetuidad y delicadeza.

Mas todos estos son beneficios generales de su amor. Acerquémonos á exáminar otros mas singulares, mas decisivos, y que no pueden dexar de excitar nuestra gratitud y fiel correspondencia. Un Dios que se humana; que por espacio de treinta y tres años habita entre nosotros; que nos instruye, cura nuestros enfermos, y resucita los muertos; que borra con su preciosa Sangre el decreto de condenacion en que habiamos incurrido por la culpa; que nos abre las puertas del cielo, restituyéndonos por su muerte en el derecho de hijos, que teniamos perdido; ¿no son todas estas pruebas irrefragables del amor, bondad y misericordia del Señor para con los hombres?

Pero que Jesu Christo, por no apartarse de los que ama, se humille, se anonade, se circunscriba, para servirnos de alimento, baxo el velo de las especies eucarísticas, y estar así con nosotros hasta la consumacion de

los siglos, ¿no es ésta la prueba mas decisiva, el testimonio mas auténtico de su amor, y el mas poderoso estímulo para nuestra gratitud? Con arreglo á estos principios, os haré ver que Jesu Christo en la Institucion de este adorable Sacramento, nos dió; primero, la mayor prueba de su amor; segundo, una regla infalible del que nosotros le debemos tener: dos breves reflexiones que dividen justamente la materia. Ella no puede ser mas interesante ni mas á propósito para excitar nuestra gratitud. Pide pues toda vuestra atencion.

Dios de inmensa bondad, á quien rendidamente adoramos oculto baxo el velo de este inefable Sacramento de vuestro amor á el hombre, enviad un ángel de los que rodean vuestro sòlio, para que purifique mis labios como los de vuestro Profeta, para poder anunciar dignamente vuestras obras y misericordias á este pueblo fiel y ansioso de vuestra palabra. Asi

lo espero por la eficaz proteccion de vuestra augusta Madre y nuestra María Santísima. Saludémosla todos con el ángel. *AVE MARIA.*

*Cum dilexisset suos &c.*

**P**ara estar plenamente persuadidos á que la divina Eucaristia es el testimonio mas auténtico del amor de Jesu Christo á los hombres, basta la induccion de los hechos de esta adorable Institucion: basta, digo, reflexar por un momento, ¿qué es lo que nos dió en este Sacramento, á qué tiempo, y para qué fin? Seguidme atentos.

Sabiendo Jesus, dice el Evangelista, que se acercaba la hora de salir de este mundo para volver á su Padre Celestial, que le habia enviado, y puesto todas las cosas en sus manos, habiendo amado á los suyos, que

estaban en el mundo, quiso amarlos hasta el fin, y despues de haber anunciado á sus discípulos, que uno de ellos, que estaba á su mesa, le entregaria en manos de sus enemigos, tomó el pan, lo bendixo, y se lo repartió, diciéndoles: *Tomad, este es mi Cuerpo.* En seguida toma el cáliz, y haciéndoles beber á todos, les dice: *Esta es mi Sangre del nuevo Testamento, bebed todos de ella.*

He aqui, señores, un hecho incontestable, y que basta por sí solo á demostrar el incomparable amor de Jesu Christo á los hombres. En efecto, por medio de este misterio aquel augusto Personage, á quien vieron los Profetas pesar los montes, y poner en equilibrio con tres dedos toda la masa de la tierra, extender como un hermoso pabellon los cielos, y contener en su abismo las aguas; el Dios prometido y deseado desde el principio del mundo, representado

en Abel, víctima de la envidia de su hermano; en Enoc, elevado sobre los cielos, para volver á la tierra al fin de los siglos; en Noé, formando el arca de su Iglesia, fuera de la cual todos perecerán en el diluvio del pecado; en Abraham, xefe de los verdaderos creyentes; en Isaac, llevando sobre sus hombros la leña para el sacrificio; en Melchisedech, Sacerdote de Dios Altísimo, ofreciendo á su Padre Celestial el adorable sacrificio de su Cuerpo y Sangre bajo los símbolos de pan y vino; el Soberano, digo, de la naturaleza, cuyo trono es mas brillante que el astro de la mañana, y desde el cual, segun la expresion de un Profeta, debe pisar algun dia la dura cervíz de sus enemigos; Jesu Christo, á quien vió David alzado Monarca sobre la montaña santa de Sion, dominando de uno á otro mar; desde el oriente al occidente, desde el aquilon al mediodia, y recibiendo legíti-

mos homenages de todas las naciones y de todos los pueblos; Jesu Christo, Dios y Hombre, cuya voz formidable destronca poderosamente los cedros del Líbano, conmueve los desiertos de Cadés, y destruye á los fuertes de Moab; Jesu Christo, este Dios triunfador del Faraon de los Egypcios, del Baal de los Samaritanos, de la Astarte de los Sydonios, del Moloch de los Amonitas, del Dagon de los Filisteos, de la Diana de los Efesios, del Júpiter de los Griegos y de los Romanos; Jesu Christo, para decirlo de una vez, único Hijo de Dios, no por adopcion, sino por naturaleza; no por la dignidad de su ministerio, sino por la de su divina Persona; no por una simple igualdad de afecto, sino por una verdadera igualdad de Esencia; Dios verdadero de verdadero Dios, luz de la luz, la segunda Persona de la Trinidad Beatísima, consubstancial al Padre segun la naturaleza divina, in-

ferior á los ángeles segun la humanidad, nacido segun ésta en tiempo, de una Madre Virgen; engendrado segun aquella por su Eterno Padre en el esplendor de los santos antes del astro de la mañana; Jesu Christo se nos da á sí mismo en aquel augusto Sacramento; nos da, digo, su Cuerpo, su Alma, su Divinidad, sus atributos, sus inefables perfecciones. ¡Qué liberalidad! ¡qué bondad! ¡qué caridad! ¡qué amor tan excesivo!

No parece sino que su Alma estaba conglutinada con la nuestra, como de la de Jonatás y de David nos dice la escritura. ¿Mas qué digo? ¿Qué amor de amigo el mas íntimo se puede comparar con el de Jesu Christo en la Institucion del Sacramento de nuestros altares? El que nos sea mas fiel mirará cuando mas nuestros intereses como suyos; tomará parte en nuestros buenos ó malos sucesos; su crédito, sus bienes, todo estará á nuestra disposicion. ¿Mas

10 SERMONES

querrá sacrificarse por nosotros, y dársenos sin reserva alguna? ¡Ah señores! solo un Hombre Dios podía amar así á sus amigos, queriendo ser perpetua víctima de su amor por ellos.

La obra de la Redencion, á que Jesu Christo era enviado por su Padre, debia consumarse por la muerte ignominiosa que en Jerusalem se le preparaba. ¡Ó mi dulce Jesus! ¿no bastaba este cruento sacrificio para desahogo de vuestro amor al hombre? ¿No bastaba para consuelo nuestro vuestra infalible promesa de enviarnos al Espíritu Santo, para que nos enseñase todas las verdades, y nos consolase sobre la tierra? ¿No bastaba la seguridad que nos habiais dado de ir á prepararnos lugar en la patria celestial, y á interceder por nosotros con el Padre, que siempre os oye, por la reverencia que os es debida? ¿Quién lo duda? Mas Jesu Christo, este Divino Verbo, que

VARIOS. II

sufrió tantos insultos de parte de los hombres, por un exceso de misericordia quiere vivir Sacramentado entre ellos, renovando diariamente de un modo incruento el sacrificio de su amor al hombre hasta la consumacion de los siglos.

¿Y en qué circunstancias, os ruego, se nos da tan sin reserva? En la misma noche en que iba á ser entregado, como dice el Apóstol. Cuando veía mas solícitos á sus implacables enemigos, preparado ya á venderle el pérfido discípulo, la Synagoga en movimiento para poner en execucion sus malvados designios; cuando nuestro amabilísimo Salvador empezaba ya á sentir en su Alma aquella terrible agonía, que debia aumentarse en el huerto de las Olivas hasta el extremo de hacerle sudar gotas de Sangre la consideracion del próximo é ignominioso suplicio; entonces, entonces, como si se olvidára de sí mismo, parece piensa

12 SERMONES

solo en lo que va á dexar en el mundo; piensa, digo, en los hombres, y á pesar de las ingraticudes que ha experimentado en el comercio con ellos, y las que sabe ha de experimentar en la sucesion de los siglos, les hace el don mas precioso que todo un Dios pudo hacerles; es decir, se les comunica él mismo Sacramentado baxo los simbolos de pan y vino.

Poco antes habia dicho á sus discipulos aquellas notables palabras que encierran este misterio y otros muchos: *To me voy, y vengo á vosotros.* Asi es, dice un célebre Orador, como Jesu Christo los aflige y los consuela; los aflige, intimándoles su ausencia; los consuela, prometiéndoles vivir entre ellos. La triste noche es llegada, carísimos hermanos, en que herido el pastor, se dispersará el rebaño: las potestades del infierno y de la tierra se han desatado contra mí; me precisa ceder á su violencia,

VARIOS. 13

y experimentar su crueldad; mas á pesar de todo, vosotros me poseereis, porque el mismo amor que me hace ir al suplicio, me retiene entre vosotros. Asi, aunque me ofrezco á morir para servir de víctima á los pecadores, me reservo el derecho de vivir sobre mis altares. Yo os dexo, porque vuelvo al que me envió al mundo; y es justo, que despues de tantos trabajos, sea coronado á su diestra con la gloria de Reparador y Salvador del hombre; mas sin dexar de estar á la diestra de mi Padre, me quedaré con vosotros, porque corresponde á mi bondad, que habiendo estado conmigo en todas mis tribulaciones, permanezca yo con vosotros en todos vuestros peligros. Yo me ausento, porque es necesario abrir las puertas del cielo, cerradas hasta aqui por la culpa á todos los hijos de Adan; pero me quedo para siempre con vosotros, para conducirlos como por la mano á las eter-

14 SERMONES

nas recompensas que os tengo preparadas.

¿Qué justo, ó qué Profeta llevó jamas tan lejos el amor, la caridad y la dulzura? David estando para morir mandó á su hijo Salomon castigase con muerte violenta los atentados de Joab, y los ultrages cometidos por Semei. Jeremías, al ver que los Judios pedian con instancia su muerte, los cubrió de maldiciones (\*). Zacarías, oprimido mortalmente bajo un promontorio de piedras, exclama, que Dios sea el testigo y el vengador de su agravio. Los mártires jóvenes que refiere el sagrado libro de los Macabeos no cesaban de amenazar al tirano; mas Jesu Christo, lejos de pedir venganza contra sus enemigos, en las circunstancias mismas de ir á ser entregado en sus manos para ser víctima de su furor sacrílego, ofrece generosamente

(\*) Se advierte que todo esto es profético.

VARIOS. 15

te al hombre su adorable Cuerpo y Sangre, con todo lo que es en sí, como un gage el mas decisivo de su encendido amor. Convenia; ó mi Dios! fueseis vos mas dulce, mas caritativo, mas misericordioso, mas tierno amante que todos los justos entre sí.

Mas; á qué fin, amabilísimo Jesu mio, os quedais Sacramentado entre nosotros? ¿Acaso únicamente para honrarnos hasta la consumacion de los siglos con vuestra adorable presencia, recibiendo de todo el mundo los debidos homenajes? Aun esta sería una muestra de amor imponderable. Pero se extiende á mas su amorosa beneficencia. Se queda entre nosotros para servirnos de alimento en este valle de lágrimas. ¡Qué fuego! ¡qué actividad de amor! ¡qué magnificencia de un Dios con sus criaturas! ¡qué unión tan estrecha entre nosotros y Jesu Christo por medio de este adorable Sacramento! Si este Señor de bondad hubiera dado permiso al hom-



## 16 SERMONES

bre para que le pidiera todo cuanto quisiese, ¿habría éste osado llevar tan lejos sus súplicas y sus esperanzas?

¿Pero qué digo? Ni aun Dios en sus infinitos é inestimables tesoros podía hallar cosa mejor que darnos. Por manera, que siendo tan rico, no tuvo que darnos mas; siendo la Sabiduría por esencia, no supo darnos mas, ni pudo darnos mas, aun siendo Omnipotente, como un Padre se explica. Pero ¿qué mas que darnos á sí mismo, para ser nuestro Pan y nuestra vida? Jesu Christo es nuestro alimento, y por este medio venimos á ser en cierto modo una misma cosa con Jesu Christo; nos incorporamos con nuestro Salvador, y participamos de todo lo que es en sí.

No hay nación tan grande, tan privilegiada, ni á quien tanto se haya acercado Dios, como la nuestra, decia en otro tiempo Moysés, considerando los grandes beneficios que les

## VARIOS. 17

habia concedido, con preferencia á los demas pueblos de la tierra. Pero ¿con cuánta mas razon podré yo hoy repetir este oráculo, atribuyéndolo á el pueblo christiano? Por mas privilegiado que fuese el de los Judios, como elegido por Dios para pueblo suyo favorito, sabemos por testimonio irrefragable de la santa escritura, que cuando el Señor llamó á Moysés para entregarle las Tablas de la Ley sobre el monte Sinai entre relámpagos y truenos, le ordenó intimase á el pueblo, no pasasen de la falda de la montaña, porque perecerian muchos por la curiosidad de acercarse á verle. Mas con el pueblo christiano es su comunicacion mucho mas íntima, y sin reserva alguna. En su nacimiento se hizo el Salvador nuestro hermano, en su vida nuestro Maestro y nuestro Médico; en su muerte nuestra santificacion y redencion; en su gloriosa Ascension nuestro abogado; en la Venida del Espíritu Santo nuestra for-

taleza; en su gloria nuestra recompensa. ¿Y en la divina Eucaristía? nuestra vianda y alimento: vínculo tan estrecho, que con él muda Jesu Christo en sí mismo al que le recibe en gracia, como S. Agustín se explica: comida sacratísima, según la expresión de S. Gerónimo, por medio de la cual se deifica en cierto modo el que comulga con pureza.

¿Ó mi Dios! ¿quién es el hombre, ó qué has visto en él, que tanto le engrandesces á costa de abatimientos? Solo vuestro amor al hombre os pudo reducir á semejante humillación. En vuestra Encarnación ocultasteis la Divinidad baxo la forma de un esclavo; mas en la Eucaristía ocultais la Divinidad y la Humanidad baxo las especies humildes de pan y vino. Vuestro nacimiento fué en un humilde establo; mas un ángel os anunció á los pastores, y una estrella milagrosa conduxo desde el oriente á los Magos, para que os adorasen en la

cueva. En vuestra vida mortal hicisteis manifestación de vuestra omnipotencia, curando enfermos, y resucitando muertos. En vuestra muerte concurrió á manifestar vuestra omnipotencia toda la naturaleza. Mas en este augusto Sacramento no se descubre vestigio de vuestra Divinidad ni de vuestra Humanidad. Estais vivo, pero sin movimiento, como un muerto. Aquí verdaderamente sois el Dios humillado y escondido, que anunció á los mortales un Profeta, reducido á semejante abatimiento por un efecto de vuestra inmensa caridad. Aquí nos dais el testimonio mas ilustre, la prueba mas auténtica de vuestro encendido amor á los hombres. Aquí en fin nos dais la regla infalible del que en recompensa exígís de nosotros: segunda reflexión de este discurso, que passo á manifestaros con la posible brevedad.

II. Para mostraros el amor con que debemos corresponder al de Jesu

Christo en la institucion de este adorable Sacramento de nuestros altares, no necesito recurrir á los motivos generales que nos representan el Salvador como el mas hermoso y mas amable entre todos los hijos de los hombres, Dios de todo lo criado, y únicamente digno de ser amado sobre todas las cosas; pues aunque por solo estos motivos comunes podria con S. Pablo cubrir de anatemas al que no ama á nuestro Señor Jesu Christo, reputándole como Judío en el seno del christianismo; por un esclavo indigno de la herencia de los hijos de Dios, como un ingrato rebelde á su Criador, por un enemigo de Jesu Christo, que quanto está de su parte trabaja en hacer inútiles su encarnacion, su muerte y sus misterios; en fin, como un falso christiano que deshonra este augusto título, y que desmiente su fe, violando la ley fundamental de la nueva alianza; sin embargo, prescindiendo por ahora de to-

dos estos motivos generales, que de justicia exigen nuestro amor á Jesu Christo, me limito á ponerlos á la vista los caracteres del suyo en la institucion de este inefable Sacramento, para que sirvan de norma y regla infalible al vuestro. Seguidme atentos.

El amor de Jesu Christo al hombre en la institucion eucarística es tan liberal, que se nos comunica sin reserva; tan ardiente, que no acierta á vivir sin sus amados; tan constante, que no admite mutacion. Hé aquí los caracteres que debe tener el nuestro, si hemos de complacer á Jesu Christo, y participar dignamente de sus misterios, para alcanzar sus eternas recompensas. En efecto, señores, si nuestro Salvador nos comunica en esta sagrada Mesa todo lo que es en sí, los tesoros, digo de su Divinidad, de su sacratísima Humanidad, y de sus infinitas perfecciones, para ser nuestra vianda, nuestra vida, nuestra santificacion en este valle de lá-

grimas, á fin de disponernos para su eterna felicidad, ¿no deberémos nosotros franquearle liberalmente nuestro corazon, amándole con todas nuestras potencias y todas nuestras fuerzas, no solo para cumplir con el primer precepto del Decálogo, sino tambien para ser templos vivos del Espíritu Santo, donde Jesu Christo quiere ser honrado, y busca sus delicias? Despues que este adorable Salvador nos redimió con su Sangre de la esclavitud del pecado, de cuya primera gracia es como una especie de extension la Eucaristía, ó como una redencion continuada, ¿no somos ya nosotros de Christo, segun la expresion de S. Pablo? ¿Cómo podrémos negarle nuestro corazon, que es lo que únicamente nos pide como á hijos? ¡Ah! insensatos hijos de los hombres, ¿hasta cuándo claudicareis ácia dos partes? para reconveniros con palabras del Profeta Elías. Vosotros, yo lo confieso, reconoceis la

grandeza del beneficio, y la obligacion que teneis de amar á Jesu Christo; mas pretendeis al mismo tiempo conciliar su amor con el del mundo, como si la luz pudiera jamas tener comunicacion con las tinieblas, ó Christo con Belial, contra el oráculo de la escritura. Es Dios muy zeloso de su honra, y no puede aceptar un corazon dividido. Lo exige pues todo sin reserva, y con la misma liberalidad, proporcionalmente hablando, que nos entrega el suyo en la adorable Eucaristía.

Mas ¡ah señores! ¿qué muestras son las que damos de este entrañable amor á Jesu Christo? Yo os veo correr como frenéticos á los espectáculos, y que los lugares de estas diversiones profanas son mas frecuentados en los dias festivos, que los templos del Dios vivo; veo que quando debiais manifestar la mas profunda veneracion en su presencia, no parece sino que os reunís al rededor de su trono,

para insultarle mas de cerca; veo que las cosas mismas que nos debian elevar á ofrecerle el incienso puro de nuestro corazon, es decir, las voces que entonan sus alabanzas, la magnificencia de los altares, y los mas tremendos misterios sirven frecuentemente de materia de pecado y de escándalo. Veo una prodigiosa multitud de personas de uno y otro sexô, de todas condiciones y estados, haciendo ostentacion en este dia de su luxo y de su vanidad, presentarse con mas desenvoltura en el templo, que si entraran en el teatro mas profano. Veo en fin, como se explica el Chrysóstomo, una caterva de animales inmundos, que rodean la Mesa del Señor, haciendo un detestable comercio de abominacion, y llevando la desolacion hasta dentro del mismo Santuario.

¿Son estas, ¡ó mi Dios! las delicias que teneis entre los hijos de los hombres? ¿Correspondéis asi ¡ó mortales! al amor de Jesu Christo en este

augusto Sacramento, en que se os comunica todo entero, sin tasa, sin medida y sin reserva? Reconoced, os ruego, este inmenso beneficio, amándole con todo vuestro corazon, con toda vuestra alma y fuerzas, y con aquel fervor que os amó Jesu Christo hasta el fin, como S. Juan se explica.

La Eucaristía, señores, no es otra cosa en su produccion, como reflexiona un sabio, que un Dios hombre, que se sacrifica por nosotros, por el ardiente amor que nos tiene. Si le amásemos pues como debemos, ¿habria en el mundo un lugar de mas consuelo, ni de mayor atractivo para nosotros, que los pies de los altares en que reside Jesu Christo? El discípulo favorito que lo amaba, la Magdalena que lo amaba, María su verdadera Madre que lo amaba, ¿no despreciaban el furor de los Judios, y permanecieron constantes al pie de la Cruz en medio de un pueblo que no podia mirar sin indignacion, que se com-

padeciesen de este Varon de dolores?

Nosotros, oigo decir á algunos, no nos hallamos en iguales circunstancias; antes por el contrario, nos hemos congregado á manifestarnos sensibles á los oprobrios de nuestro Salvador. ¡Ah! corazones tibios, ¡cuánto debéis temer que el Señor os arroje de sus labios con ignominia, por vuestra falta de fervor, conforme al oráculo de S. Juan! La divina Eucaristía en su duracion no es otra cosa que un Dios que habita y se incorpora con nosotros hasta la consumacion de los siglos. Si le amásemos como debemos, ¿podríamos vivir sin nuestro Amado? ¿Miráramos con tanta indiferencia estar separados de su gracia y amistad, por pasatiempos frívolos, por vagatelas del mundo, y por una firme adhesion á las cosas terrenas? Si nuestro amor fuese ardiente, ¿no deseáramos como S. Pablo ser desatados de los vínculos de esta mortalidad, para estar con Jesu Christo,

y gozarle eternamente? ¿No clamáramos muchas veces con la Esposa de los Cánticos, habeis visto á el Amado de mi alma? Y despues de haberle hallado por medio del Sacramento de la reconciliacion, y de haberle recibido en vuestro pecho por el de la Eucaristía, ¿no diriais con la misma Esposa, ya lo hemos hallado, ya lo poseemos, y jamas lo dexaremos ausentarse de nosotros? ¿No repetiriais con el Apóstol: ciertos estamos, que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni la instancia, ni la fuerza, ni criatura alguna será capaz de separarnos de la caridad de Dios, que está en Jesu Christo Señor nuestro?

¿Entendeis por ventura este lenguaje? ¡Ah! si hablo á corazones tibios, nada perciben de estas importantes verdades. Dadme un corazon amante, como S. Agustin se explica, y entenderá lo que digo. Dadme uno que

en este valle de lágrimas suspire por la fuente de la vida eterna, y entenderá mis palabras. Conocerá, digo, que el Sacramento eucarístico es un Dios hombre, enamorado de nuestras almas, sacrificado por nuestro amor, el pan de los ángeles hecho nuestro alimento, como una prenda segura de nuestra santificación y eterna felicidad.

¿Y qué se sigue de aquí? podrá decirme alguno. Que le debemos amar sobre todas las cosas con un amor sin reserva, ardiente y constante por toda nuestra vida, porque solo el que perseverase hasta el fin será salvo, según el oráculo de la escritura. En efecto, el amor de Jesu Christo Sacramentado, amor sin límites, el mas eficaz y permanente, y nunca mas luminoso que en las circunstancias mismas en que iba á experimentar la mayor ingratitud de los hombres, ¿no exíge de justicia un amor generoso y constante de parte nuestra, aun en

medio de las mayores tribulaciones y peligros? Yo me acordaré siempre, decía un Profeta, de las obras del Señor; del poder con que sacó á los hijos de Jacob y de Josef de la esclavitud de Egipto; del respeto que infundió á las aguas del mar Roxo, para que dexasen pasar á pie enxuto á los Israelitas, envolviendo á los Egipcios entre furiosas olas; de la veneracion que tuvieron las aguas del Jordan al arca de su divino Testamento; de la sabiduría con que desconcertó las medidas de los Jebuseos, Amorreos y Cananeos. Siempre tendré presentes, añade, las maravillas obradas por Dios desde el principio, para bendecirle y alabarle.

¿Cómo podremos pues nosotros olvidar por un momento el mayor de todos sus milagros; es decir, la institucion eucarística, en que este Señor misericordioso hizo el memorial perpetuo de todas sus maravillas, como la Iglesia canta? ¿Qué tienen en

efecto que ver los prodigios obrados por ministerio de Moysés y Josue, en comparacion del que Jesu Christo obra en este augusto Sacramento? Allá vimos sumisos los elementos, dice un sabio, domados los tiranos, confundidos y humillados los hombres, aquí vemos trastornadas todas las leyes de la naturaleza, encadenadas todas las potestades de tinieblas, renovado todo el hombre, unido á Jesu Christo, y hecho participante, por medio de esta vianda, de todos los tesoros del cielo.

¿Qué ofrecerémos pues al Señor en retribucion de tan inefable beneficio? Hijos, dadme vuestro corazon, nos dice este Dios de bondad. Amadle pues, os diré con S. Agustin, amadle, yo no puedo daros otra regla, esto es lo único que os pide: amadle, y sereis ilustrados sobre vuestros deberes, y fortalecidos para cumplir con ellos. Lejos de esta sagrada Mesa los que como Judas venden á

su Maestro, haciéndole traicion por el vil precio de una pasion favorita; lejos los que como Pilatos, faltan á la equidad y á la justicia, por el vano respeto de desagradar á los grandes; lejos los que como Herodes tratan á este divino Salvador á lo burlesco, despreciando con sus obras el Evangelio, el culto, la religion y la piedad; lejos en fin todos los que como ministros de Satanás renuevan diariamente la crucifixion de Jesu Christo por medio de sus indignas comuniones. Acercaos vosotros los humildes, los mansos de corazon, los puros de conciencia, los que no teneis teñidas las manos con la sangre de vuestros hermanos: comed y bebed del Cuerpo y Sangre de este Dios hombre, sacrificado por nosotros con un amor sin límites, el mas fervoroso y permanente: amadle pues vosotros sin medida, con ardor y permanencia, que digno es el Cordero de Dios de reci-



bir el honor, la virtud, la gloria, la  
divinidad y la accion de gracias,  
por los siglos de los siglos. Amen.  
DIXE.

SERMON  
DE LA PASION  
DE JESU CHRISTO,

PREDICADO

EN EL CONVENTO DE S. ANTONIO ABAD  
de Granada. Año 1771.

*Ecce Homo. Joann. 19.*

**H**ora es esta, rebaño escogido  
del mejor Pastor Jesu Christo, mas  
á propósito para llorar, que para  
predicar: en ella debian enmudecer  
los labios, y explicarse únicamente  
los ojos y el corazon. Porque en efec-  
to, señores, ¿qué eloqüencia humana  
ó angélica será capaz de ponderar  
un asunto que ha sido y será siem-  
pre la admiracion de todos los siglos?  
ó ¿quién podrá dignamente tratar de